

Una piedra en el bolsillo

Clara tenía seis años y un bolsillo especial en la chaqueta. No era mágico como los de los cuentos de hadas, pero para ella sí lo era, porque guardaba cosas pequeñas que le parecían importantes: una piedra con forma de corazón, un botón brillante, una pluma que había encontrado en el parque.

Un sábado por la mañana, mientras desayunaban, vio a su padre sentado en la mesa con la taza de café entre las manos. No tenía mala cara, pero tenía esa mirada que parece pensar en mil cosas a la vez.

Clara masticó lentamente y preguntó:

—Padre… ¿hoy estás un poco cansado?

Su padre sonrió, como hacen los mayores cuando no quieren preocupar a nadie.

—Un poquito, sí. Pero no ocurre nada, pequeña.

Clara bajó de la silla, caminó hasta el perchero y se puso la chaqueta de bolsillo especial. Después fue a la habitación y abrió el cajón donde guardaba tres tesoros nuevos: una goma de pelo de color azul,

un dibujo pequeño de un sol y un caramelo que le habían dado en la escuela.

Volvió corriendo y lo dejó todo sobre la mesa.

—He decidido algo —dijo con voz seria—. Hoy haremos el «Kit de cuando los mayores están cansados».

Mamá levantó las cejas, sorprendida, y papá se rió flojito.

—¿Ah sí? ¿Y qué lleva ese kit?

Clara empezó a explicarlo como si fuera una doctora muy importante.

—La goma azul es para recordar que el cielo siempre vuelve a estar despejado, aunque haya nubes. El dibujo del sol es para que no olvides que yo te quiero incluso cuando no tienes ganas de jugar. Y el caramelo… es porque a veces un sabor dulce hace que el corazón se ponga también dulce.

Su padre miró los objetos como si fueran joyas.

—Clara… esto es el kit más bonito del mundo.

Ella se encaramó a la silla y añadió:

—Pero falta algo.

Puso la mano en el bolsillo especial y sacó la piedra con forma de corazón.

—Eso es lo más importante —dijo—. Es para cuando no tienes palabras. La pones en el bolsillo, la tocas con los dedos y ya sabes que no estás solo.

Su padre se quedó quieto unos segundos. Se le pusieron los ojos brillantes, como si el café se hubiera convertido en algo más caliente que el café.

—¿Sabes lo que me pasa, Clara? —dijo al final, con una voz muy suave—. Que a veces los mayores hacemos como que podemos con todo… y nos olvidamos que también nos pueden cuidar.

Clara se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—Es que soy pequeña, pero sé cuidar. Y mamá también. Y tú también me cuidas a mí.

La madre, que había estado escuchando en silencio, le pasó el brazo por la espalda al padre.

—Hoy nos cuidamos todos —dijo.

Clara dio una palmada.

—¡Exacto! Y ahora… segundo paso del kit: un abrazo que dure hasta que el cansancio se vaya.

Abrió los brazos tan grandes como pudo, y papá la cogió y la abrazó fuerte. La madre se juntó en el abrazo. Y durante unos segundos, la cocina quedó llena de una calma de esas que no hacen ruido, pero lo llenan todo.

Cuando se separaron, el padre cogió la piedra de corazón y se la puso en el bolsillo del pantalón.

—Me la voy a quedar todo el día —dijo—. Y cuando la toque, me acordaré de algo: que mi corazón también tiene casa.

Clara sonrió. Luego cogió el dibujo del sol y lo enganchó a la nevera con un imán.

—Así el sol no escapa —explicó.

Su padre la miró como si la viera más grande de lo que era.

—Clara… —dijo—. Cuando seas mayor, quizá te olvides de este bolsillo especial. Pero yo nunca me olvidaré de lo que has guardado allí hoy.

Ella hizo que no con la cabeza, muy decidida.

—No me olvidaré. Porque no es un bolsillo de ropa. Es un bolsillo del corazón.

Y ese día, sin grandes sorpresas ni juguetes nuevos, Clara descubrió algo que los padres ya sabían, pero a veces se les escapa: que el amor no siempre es hacer cosas enormes. A veces es una piedra pequeña en el bolsillo, un dibujo en la nevera y un abrazo que dice, sin palabras: «Yo estoy aquí. Y tú también.»